

347

La Escuela de color de San Antonio.

113
Mi distinguido amigo:

Deploro vivamente que mis muchas ocupaciones me impidan asistir a la inauguración de la nueva escuela para niños de color, que debe San Antonio de los Baños a la filantrópica iniciativa de los señores Cantalapedra y J. Rosas; pero deseo participar en algún modo de esta bella fiesta, y ruego a usted que me sirva de intérprete ante la Sociedad fundadora, leyendo estas líneas en que le envío mi parabién más sincero.

No es la primera vez que presencia Cuba un espectáculo tan hermoso y tan digno de toda su simpatía. Los hombres de color han sabido comprender lo que de ellos exige la nueva condición a que al fin son llamados, y quieren prepararse dignamente a los deberes del hombre libre y del ciudadano; para esto han convertido sus centros de recreo en centro de enseñanza, y han realizado por la asociación - que es la verdadera fórmula de todo progreso en la época actual - lo que el Estado no ha sabido hacer o ha hecho tan mal. Así ejecutan una obra buena y patriótica y dan al mismo tiempo un grande ejemplo. Para que las clases se eleven al nivel que requieren la participación de derechos comunes es preciso la libertad, pero no basta la libertad. Esta es la condición de todo adelanto social, pero importa saber emplearla en provecho del procomún. Una raza totalmente desheredada en la vida del derecho y de la cultura no puede adquirir en un día los elementos con que cuentan las que con ella compiten para cumplir la difícil labor que deben realizar las sociedades; mas hay una vía - una sola - para que lleguen a poseerlos: la educación, profusa y sabiamente distribuida. Y esto a todos

importa igualmente, a los que están por educar y a los ya educados; porque en un pueblo - por separados que se crean sus componentes - no puede padecer una parte, sin que todas adolezcan. Harto lo sabemos.

Esta verdad no dejará de encontrar contradictores. Los hay con quienes sería inútil discutir.

A los que apelan a las lecciones de la experiencia para cimentar las enseñanzas de la ciencia política conviene advertir que la experiencia esté ya hecha. Los que tanto han elogiado y ponderado las riquezas del Sur de la Unión Americana, antes de la guerra de emancipación, olvidando por supuesto el sistema atrasado y bárbaro a que la esclavitud los sometía: el aumento indefinido de la población-máquina, el cultivo extensivo y su secuela de inmensos territorios esterilizados, el estado rutinario de la agricultura y de las industrias conexas, el enervamiento del espíritu de iniciativa e invención, las manufacturas y el comercio raquíticos o en manos extrañas, la dependencia absoluta del extranjero para la satisfacción de las primeras necesidades, el absentismo, que es la mayor tentación y el mayor castigo del gran propietario ignorante e indiferente, la formación de una verdadera clase feudal con todos sus vicios y todos sus peligros sociales, el desequilibrio de las fuerzas en acto y la relajación de los vínculos domésticos y civiles; los que han podido atender sólo a las fabulosas cosechas de algodón, olvidando el caro precio a que se estaban pagando y habían de pagarse, deberían ~~de~~ estudiar ahora el estado económico de esas regiones que en su obsecación condenaban a perpetua miseria, para que viesen los prodigios del trabajo libre. Encontrarían el cultivo de la preciosa planta invadiendo merced a los pequeños predios, zonas que se creían vedadas para ella, y verían aquella innumerable población embrutecida e inerte convertida en un pueblo laborioso y constante, que está

ARCHIVO DOCUMENTAL
 DE LA HABANA

349
elevando de día en día la riqueza de la antigua región esclavista a un auge en que jamás soñó en sus tiempos de ficticio esplendor. Y mientras en el Norte la condición migratoria de sus obreros y la facilidad con que abandonan una ocupación por otra produce a cada paso estancamientos en las principales industrias, por falta imprevista de brazos, el negro sedentario del Sur, amante de la tierra, que fecunda con su sudor para sí y los suyos, acumula una riqueza estable, exenta de vaivenes, y más eficaz por tanto y más útil para la ~~prosperidad~~ prosperidad general.

La libertad hizo posible y la previsión y filantropía del pueblo americano realizaron esta admirable transformación. En el momento mismo en que la espada victoriosa de Grant rompía los ~~últimos~~ últimos eslabones de la cadena del negro del Sur, una nueva y verdaderamente santa cruzada se predicaba y organizaba en el Norte para completar y purificar la obra de redención, para combatir la ignorancia del infeliz ilota y enseñarlo a ser hombre, a ser ciudadano. Nuevos ejércitos, pero esta vez de maestros, y sobre todo de maestras, se reclutaron en los estados vencedores, de las cajas que parecían exhaustas brotaron raudales de oro, y en el mismo lugar del vivac y sobre las ruinas todavía humeantes de los barracones destruidos se levantó la escuela, para afianzar la paz y sembrar en lo íntimo de la conciencia la concordia. Por dondequiera en Nueva York, en Boston, en Filadelfia, en Cincinnati, en Chicago, brotaron asociaciones cuyo fin era proveer a la instrucción de los libertos. En sólo un año se fundaron 1,500 escuelas; un solo individuo, Peabody, dió un millón de pesos. Al terminar la guerra habían cursado cuarenta mil alumnos negros en las aulas que se improvisaron en los campamentos. A principios de 1868 las escuelas eran ya 4,000. Hubo escuelas normales para los hombres de color; de ellas salieron para fundarlas a su costa, y pronto tuvieron 1,200 escuelas regentadas por negros. Al comenzar la guerra solamente 9,000

entre cuatro millones, sabían leer y escribir, y antes de cinco años 300,000 negros encontraban donde adquirir todos los conocimientos útiles; los abrían sus puertas escuelas de párvulos, de adultos, dominicales, superiores, normales, industriales y profesionales para mujeres. Era la luz, la luz plena, después de la libertad.

No establezcamos comparaciones. No tienen por qué los fundadores de la nueva escuela. La obra pequeña del que puede poco no es menos meritoria que la obra grande del que puede mucho. Lo que tenemos que deplorar amargamente es la falta del espíritu de generosidad y de noble previsión que animó allá a tantos corazones. Pero tampoco les toca a los que van impulsados por él, y logran ofrecer a los demás sus frutos. Los iniciadores de la idea que se corona esta noche, la Sociedad que la ha realizado, son de estos.

Nada tienen que envidiar, ni deplorar. Lo que sí harán sin duda es desear que no se pierda, ni sea estéril tan hermoso ejemplo.

Este también es el voto cordial de su amigo y servidor,

Enrique José Varona.

Antes de 1895.